

UNA HISTORIA DE LA LECTURA

ALBERTO MANGUEL

Con un brazo caído a un costado y la otra mano apoyada en la frente, el joven Aristóteles, sentado en una cómoda silla y con los pies cruzados, lee lánguidamente un manuscrito abierto sobre el regazo. Un Virgilio con turbante y barba frondosa, sosteniendo unos quevedos sobre su huesuda nariz pasa las páginas de un distinguido tomo en un retrato realizado quince siglos después de la muerte del poeta. Descansando sobre un amplio escalón y apoyando con delicadeza la barbilla sobre la mano derecha, santo Domingo está absorto en el libro abierto sobre las rodillas y se olvida del mundo. Dos amantes, Paolo y Francesca, están sentados muy juntos bajo un árbol, leyendo un verso que será su perdición; Paolo, como Santo Domingo, se toca la barbilla con la mano; Francesca mantiene el libro abierto, señalando con dos dedos una página a la que jamás llegarán. De camino a la facultad de medicina, dos estudiantes islámicos del siglo XII se detiene para consultar un pasaje en uno de los libros que llevan. El Niño Jesús, con la mano en la página derecha del libro abierto que tiene sobre las piernas, explica lo que lee a los doctores del templo mientras ellos, asombrados pero escépticos, pasan las páginas de sus respectivos volúmenes en busca de una refutación. [...]

Todos son lectores; y yo tengo en común con ellos sus gestos y su arte, así como el placer, la responsabilidad y el poder que encuentran en la lectura.

No estoy solo.

A los cuatro años descubrí que podía leer. Ya había visto innumerables veces las letras que sabía (porque me lo habían explicado) que eran los nombres de las ilustraciones bajo las que estaban colocadas. [...] Hasta que un día, desde la ventanilla de un coche (ya he olvidado el destino de aquel viaje), vi un cartel a un costado del camino. La visión no pudo haber durado mucho tiempo; tal vez el automóvil se detuvo por un instante, quizá solo redujo la velocidad lo suficiente para que yo viera, grandes e imponentes, formas similares a las de mi libro, pero formas que no había visto nunca antes. Sin embargo, supe de inmediato lo que eran; las oí dentro de mi cabeza; se metamorfosearon, dejaron de ser líneas negras y espacios blancos para convertirse en una realidad sólida, cargada de significado. Todo eso lo había hecho yo por mi cuenta. Nadie había realizado para mí ese truco de magia. Las formas y yo estábamos solos, revelándonos mutuamente en un diálogo silencioso y respetuoso. Haber podido transformar unas simples líneas en una realidad viva me había hecho omnipotente. Ya sabía leer. [...]

Los lectores de libros, una especie a la que, sin saberlo, me estaba incorporando (siempre sentimos que estamos solos ante cada descubrimiento, y cada experiencia, desde que nacemos hasta que morimos, nos parece espantosamente única), amplían o concentran una función que nos es común a todos. Leer letras en una página no es más que una de sus muchas formas. El astrónomo que lee un mapa de estrellas que ya no existen; el arquitecto japonés que lee el terreno donde se va a construir una casa para protegerla de las fuerzas malignas; el zoólogo que lee las huellas de los animales en el bosque; la jugadora de cartas que lee los gestos de su compañero antes de lanzar sobre la mesa el naipe ganador; el bailarín que lee las anotaciones del coreógrafo y el público que lee los movimientos del bailarín sobre el escenario; [...] Algunos de esos actos de lectura están matizados por el conocimiento de que otros seres humanos crearon la cosa leída con ese propósito específico –la notación musical o las señales de tráfico, por ejemplo–, o que lo hicieron los dioses, en el caparazón de una tortuga, en el cielo nocturno. Otros están relacionados con el azar.

Y sin embargo, en todos los casos, es el lector quien interpreta el significado; es el lector quien atribuye (o reconoce) en un objeto, en un lugar o acontecimiento cierta posible legibilidad; es el lector quien debe adjudicar sentido a un sistema de signos para luego descifrarlo. Todos nos leemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea para poder vislumbrar qué somos y dónde estamos. No podemos hacer otra cosa que leer. Leer, casi tanto como respirar, es nuestra función primordial.

No aprendí a escribir hasta mucho después, cuando cumplí los siete años. Tal vez podría vivir sin escribir. No creo que pudiera vivir sin leer. La lectura –descubrí– precede a la escritura. Una sociedad puede existir –muchas, de hecho, existen– sin escribir, pero ninguna sin leer. Según el etnólogo Philippe Descola, las sociedades sin escritura tienen un sentido lineal del tiempo, mientras que para aquellas en las que se lee y escribe el tiempo es acumulativo; ambas se mueven dentro de esos tiempos distintos, pero de igual complejidad, leyendo la multitud de signos que el mundo ofrece. [...] Para la mayoría de las sociedades que leen y escriben –para el islam, para las sociedades judías y cristianas como la mía, para los antiguos mayas, para las vastas culturas budistas–, el acto de la lectura se encuentra al principio del contrato social; aprender a leer fue mi rito de paso.

Una vez que aprendí a leer las letras, empecé a leer todo: libros, pero también carteles, anuncios, la escritura pequeña en el dorso de los billetes de los tranvías, las cartas tiradas a la basura, los periódicos arruinados que encontraba debajo de los bancos del parque, las pintadas, las contracubiertas de las revistas que otros viajeros leían en el autobús. Cuando me enteré de que a Cervantes le gustaba tanto leer que leía «aunque sean los papeles rotos de las calles», entendí perfectamente la pasión que lo empujaba a rebuscar en la basura. El culto al libro

(ya sea en pergamino, en papel o en la pantalla) es uno de los dogmas de una sociedad que lee

y escribe. El islam lleva esa idea más lejos: el Corán no es solo una de las creaciones de Dios, sino uno de sus atributos, como su omnipresencia o su compasión.

Los libros me proporcionaron mis primeras experiencias. Cuando, más tarde en la vida, me tropecé con acontecimientos o personajes similares a algo que había leído, por lo general tenía la sensación ligeramente sorprendente, pero decepcionante, de *dejà vu*, porque imaginaba que lo que estaba ocurriendo en ese momento ya lo había vivido en palabras, ya tenía nombre. El texto hebreo más antiguo que se conserva sobre el pensamiento sistemático y especulativo –el *Sefer Yezirah*, escrito en el siglo III– afirma que Dios creó el mundo por medio de treinta y dos caminos secretos de sabiduría: diez números, o *sefirot*, y veintidós letras. A partir de los *sefirot* se crearon todas las cosas abstractas; y a partir de las veintidós letras, todos los seres reales en los tres estratos del cosmos: el mundo, el tiempo y el cuerpo humano. El universo, en la tradición judeocristiana, se concibe como un libro hecho de números y letras: la clave para entender el universo se encuentra en nuestra habilidad para leer adecuadamente esos números y esas letras y en saber cómo combinarlos, para aprender, de esa manera, a dar vida a alguna parte de ese texto colosal, a imitación de nuestro Hacedor.

Mis libros eran para mí transcripciones o glosas de aquel otro libro colosal. Miguel de Unanuno, en un soneto, habla del tiempo cuya fuente se encuentra en el futuro; mi vida de lector me daba la misma impresión de fluir contra la corriente, viviendo lo que ya había leído. Por la calle en la que vivíamos merodeaban aventureros dedicados a sus turbios asuntos. El desierto, que no estaba lejos de nuestra casa en Tel Aviv, donde viví hasta los seis años, era prodigioso, porque yo sabía que había una ciudad de bronce enterrada bajo sus arenas, junto a la carretera asfaltada. La gelatina de frutas era una misteriosa sustancia que aún no había visto pero que conocía a través de los libros de Enid Blyton y que jamás alcanzó, cuando por fin la probé, la calidad de aquella ambrosía literaria. [...] Yo creía en la brujería, y estaba seguro de que algún día se me concederían los tres deseos que incontables historias me habían enseñado a utilizar con buen criterio. Me preparé para encuentros con fantasmas, con la muerte, con animales parlantes, con la violencia de hechiceros y piratas; hice planes muy complicados para viajar hasta islas que serían escenarios de aventuras en las que Simbad se convertiría en mi amigo del alma. Tan solo cuando, años más tarde, rocé por primera vez el cuerpo de mi amante, comprendí que en algunos casos la literatura puede no llegar a la altura de la realidad.

Stan Presky, el ensayista canadiense, me dijo en una ocasión que «por cada lector debe de haber un millón de autobiografías», dado que, en un libro tras otro, creemos encontrar huellas de nuestra vida. «Anotar nuestras impresiones sobre

Hamlet cuando volvemos a leerlo año tras año —escribió Virginia Woolf— sería casi como redactar nuestra autobiografía, porque a medida que sabemos más sobre la vida descubrimos que Shakespeare también habla de lo que acabamos de aprender». Pero para mí no era exactamente así. Si los libros eran autobiografías, lo eran antes de los hechos, y yo reconocía acontecimientos posteriores en cosas que ya había leído en H. G. Wells, en *Alicia en país de las maravillas*, en el lacrimógeno *Corazón*, de Edmondo de Amicis, en las aventuras de *Bomba, el niño de la selva*. Sartre confesaba en sus memorias algo muy parecido. Al contemplar la flora y la fauna encontradas en las páginas de la enciclopedia Larousse con las de la realidad de los Jardines de Luxemburgo, descubrió que «los monos del zoológico eran menos monos, y las personas, menos personas. Como Platón, pasé del conocimiento a su objeto. Encontré más realidad en la idea que en la cosa misma, porque la idea se me daba antes y se me daba como cosa. Era en los libros donde había encontrado el universo: digerido, clasificado, etiquetado, meditado, y aun así formidable».

[...] Cada libro era un mundo en sí mismo, donde yo me refugiaba. Aunque me sabía incapaz de crear relatos como los que escribían mis autores preferidos, me parecía que, con frecuencia, mis opiniones coincidían con las de ellos y (recurriendo a la frase de Montaigne) «me acostumbré a seguirlos desde lejos, murmurando: “¡Así es! ¡Así es!”». Más tarde pude dissociarme de esas ficciones; pero durante mi infancia y buena parte de mi adolescencia, lo que estaba en el libro, por fantástico que fuera, era verdad en el momento de leerlo, y tan tangible como el material del que estaba hecho el libro. Walter Benjamin describió la misma experiencia: «¿Qué fueron mis primeros libros para mí? Para recordarlo tendría que olvidar primero todo lo demás que sé sobre los libros.» Es verdad que todos los conocimientos que hoy tengo sobre ellos descansan sobre la disposición con que en su momento me abrí a los libros. Pero si bien ahora el contenido, el tema y la materia son cosas distintas del libro, antes estaban sola y exclusivamente en él, sin ser más externos o independientes que hoy son su número de páginas o el tipo de papel con que están hechos. El mundo que se revelaba en el libro y el libro mismo no debían separarse bajo ningún concepto. De modo que, con cada libro, también estaban plenamente allí, al alcance de la mano, su contenido y su mundo. De la misma manera, aquel contenido y aquel mundo transfiguraban cada una de las partes del libro. Ardían en su interior, resplandecían en él; no estaban simplemente situados en su encuadernación o en sus ilustraciones, sino que se englobaban en el encabezamiento y en la mayúscula con que comenzaba un capítulo, en sus párrafos y en sus columnas. Uno no leía los libros de un tirón, sino que los habitaba, se quedaba prendido entre sus líneas, y, al volver a abrirlos después de una pausa, se encontraba por sorpresa en el punto donde se había detenido». [...]

Aprendí pronto que la lectura es acumulativa y que avanza por progresión geométrica; cada lectura nueva se construye sobre lo que el lector ha leído antes. Empecé adoptando una postura crítica [...] –decidí de antemano que la prosa de Kipling sería forzada, la de Stevenson infantil, la de Joyce incomprensible–, pero muy pronto los prejuicios dejaron paso a la experiencia, y el descubrimiento de un cuento me daba deseos de leer otro [...] el progreso de mis lecturas jamás seguía la secuencia convencional del tiempo. «Hay aquellos que, mientras leen un libro, recuerdan, comparan, reviven emociones de otras lecturas anteriores –señaló Ezequiel Martínez Estrada–. Ésa es una de las más delicadas formas de adulterio» [...]

A nosotros, los lectores de hoy, en teoría amenazados por la extinción, aún nos queda aprender qué es la lectura. Nuestro futuro –el futuro de la historia de nuestra lectura– fue explorado por San Agustín, que trató de distinguir entre el texto percibido en la mente y el texto leído en voz alta; también por Dante, que se planteó los límites de la facultad de interpretación del lector; por la dama Murasaki, que aboga por la especificidad de determinadas lecturas; por Plinio, que analizó el rendimiento de la lectura y la relación entre el escritor que lee y el lector que escribe; por los escribas sumerios, que confirieron poder político al acto de leer; por los primeros fabricantes de libros, que consideraron que los métodos para leer manuscritos (semejantes a los que usamos en la actualidad para leer en nuestros ordenadores) eran demasiados restrictivos e incómodos, y nos ofrecieron en cambio la posibilidad de pasar las hojas y tomar notas en sus márgenes. El pasado de esa historia se encuentra frente a nosotros, en la última página de ese aleccionador futuro que describe Ray Bradbury en *Fahrenheit 451*, un futuro en el que los libros no están impresos en papel, sino que sólo se conservan en la mente.

Como el acto mismo de leer una historia de la lectura avanza con un salto hasta nuestro tiempo –hasta mí, hasta mi experiencia como lector– y luego regresa, hasta una temprana página de un siglo lejano y desconocido. Se salta capítulos, hojear, selecciona, relee, se niega a seguir un orden convencional. Paradójicamente, el miedo que enfrenta la lectura a la vida activa, que impulsaba a mi abuela a apartarme de mi libro y de mi silla para sacarme al aire libre, reconoce una verdad trascendente: «No es posible treparse de nuevo a la vida, ese irrepetible viaje en diligencia, una vez llegada a su fin –escribe el novelista turco Orhan Pamuk en *La casa del silencio*–, pero si uno tiene un libro en la mano, por complicado y difícil de entender que sea, cuando lo ha terminado de leer puede, si lo desea, volver al principio, leerlo de nuevo y entender así lo que es difícil y, al mismo tiempo, entender también la vida».

Extraído de *Una historia de la lectura*, Alberto Manguel